

FERNÁNDEZ DE ROJAS, FRAY JUAN (1750-1819)

EL TRIUNFO DE LAS CASTAÑUELAS O MI VIAJE A CROTALÓPOLIS

ÍNDICE:

DEDICATORIA

CAPITULO I

Ruido de las castañuelas

CAPITULO II

La Puerta del Sol y el Café

CAPITULO III

Contra los pedantes

CAPITULO IV

El Licor

CAPITULO V

Nuevas ideas

CAPITULO VI

Antigua y nueva Crotalópolis

CAPITULO VII

El Bolero

CAPITULO VIII

Descomunal combate

CAPITULO IX

Grandes efectos por pequeñas causas

CAPITULO X

Las locuras

CAPITULO XI

El Presumido y el Fastidioso

CAPITULO XII

Don Grajo, o el Sabio universal

CAPITULO XIII
Medicina del espíritu

CAPITULO XIV
Raro modo de argüir

CAPITULO XV
Mi paseo

CAPITULO XVI
Estudios Crotalógicos

CAPITULO XVII
El joven escritor

CAPITULO XVIII
El gran día de Crotalópolis

CAPITULO XIX
Retrato general

CAPITULO XX
Fin de mi viaje

Esta obra no tiene prólogo, porque no lo necesita. Un prólogo es cosa más pesada, más impertinente e inútil, y yo quiero, evitar en cuanto pueda estos defectos. Mi libro tendrá tal vez demasiado ridículo, no es menester, pues, aumentarle con cosas que por sí lo son bastante. Además, ¿qué haría yo en el prólogo? dar una idea al público del método, orden y disposición de la obra: a que, si tiene que leerla: ¿satirizar los defectos que se hallan en la mayor parte de los prólogos? esta era una buena cosa; pero el Autor de la Crotalogía lo ha ejecutado, y mejor que pudiera yo hacerlo y no es bueno repetir las cosas ni satirizar defectos ridiculizados por otro: se expone un a quedar inferior al original, y mortificar su amor propio.

Pero a lo menos si no hago un prólogo, voy haciendo insensiblemente una cosa parecida a él en la pesadez. Ved aquí por qué no es bueno satirizar con demasiado ardor ciertos defectos, a poco cae uno, en ellos, y a la verdad que entonces no le sabe bien ser tratado con tanto rigor. Satis.

DEDICATORIA

Señor licenciado Francisco, Agustín, Florencio

De justicia se os debe, ¡oh ilustre Autor de la bien alabada ciencia de las castañuelas! la dedicatoria de esta obra. Vos habéis descubierto en el confuso caos de la antigüedad los Crótalos: yo he viajado a un país crotalógico: nos habéis dado reglas para tocar las castañuelas, habéis hecho un elogio de dicho instrumento, y yo pinto su feliz, triunfo y el del bando crotalógico; así, pues, justo será que os elija por mi Mecenas, y me presente al público bajo vuestro amparo y patrocinio.

Pareceme que el Mecenas de un libro debe ser aquel que mejor conozca el arte, ciencia o materia de que se trata en él. Un libro de cocina se debe dedicar al más alabado cocinero: un arte de hacer comedias al mejor cómico; y el viaje a *Crotalópolis* a quien nos ha dado tan bellas reglas para tocar las castañuelas. Así lo hacían los antiguos en las pocas obras que dedicaban. No lo hacen así los modernos, me dirá alguno: todo libro, aunque sea el más impertinente, se honra con un poderoso Mecenas, buscan el más rico, aunque sea el más ignorante, y no sepa si el libro que se le ofrece es bueno o malo. ¿Pero acaso, responderé yo, me propongo en mi dedicatoria hacer la apología de cuantas ridículas y disparatadas se han impreso? Los antiguos escribían por la gloria y fama póstumas: a muchos de los modernos no les ha parecido este un objeto digno de sus tareas, y hanle substituido el interés.

Pero yo me distraigo insensiblemente y este defecto, que en obras de mucha erudición es un gran mérito, no es sufrible en una dedicatoria, que según mi idea debe ser la copia fiel de cuantas la han precedido y el modelo exacto de las venideras. Aunque ya os he tributado un poco el incienso de la alabanza (algún maldiciente diría adulación) ha sido solo de paso, y este es un licor que merece derramarse con profusión, sobre todo en una dedicatoria cuyo mérito se calcula por su mayor o menor dosis.

La alabanza de un Mecenas consta de dos partes, que pueden muy bien llamarse integrantes, usando de términos facultativos y de riguroso significado. La primera genealogía, la segunda pintura, y no ligera, del talento e instrucción del Mecenas, sus ejercicios literarios, estudios, progresos, &c. y si se quiere puede añadirse, y es cosa que le da mucho realce, una historia de su vida y hechos, y si no basta, otra de las esclarecidas hazañas de sus antepasados, formando de este modo un difuso panegírico de él y de toda su ascendencia.

Por lo que hace a la genealogía creo no podré salir con aquel lucimiento que quisiera: es el caso, *señor Florencio*, que ni aun personalmente os conozco, ni tengo noticia que ninguno de los Genealogistas haya hablado de vuestra familia, ni menos he visto timbre, blasón, repostero, ni escudo de armas que me dé serias ni rastro de ella. Además, tengo tan poca gana de desenterrar muertos, revolver archivos, e interpretar papeles viejos y carcomidos, que habrá Vmd. de contentarse con una genealogía general, que sin ser menos honorífica que las demás será ciertamente más verdadera.

¿No puedo asegurar sin miedo de engañarme que descendéis por línea recta del primer Padre del género humano; que desde él a vos no os falta en un tan largo y enredoso árbol como el que forma vuestra ascendencia siquiera un abuelo; que consta vuestra familia de cuanto hay de más noble en la tierra, Reyes, Emperadores, Generales, &c.?

Aun os puedo entretejer una genealogía no menos lisonjera: hablo de la de espíritu; en vuestra obra creo hallar algo de Torres y Quevedo; aquel puede ser vuestro padre, este vuestro abuelo. También puedo daros a Marcial por bisabuelo, y me costará, muy poco emparentaros con Juvenal, Persio y demás satíricos antiguos y modernos.

Entramos ahora en un campo vastísimo: ¿quién no admirara la extensión, la delicadeza, la grandeza de vuestro talento? ¿la profundidad, la sublimidad de vuestra erudición? ¿lo original, lo nuevo de vuestra invención? Con un método rigurosamente geométrico, claro, preciso y elegante en un estilo alegre, jocoso, y sumamente ligero, habéis explicado y enseñado el difícil y espinoso arte de tocar debidamente las castañuelas. ¡Qué preceptos, qué máximas, qué reglas, qué demostraciones tan solidas, tan acertadas, tan propias, no se admiran en todo vuestro libro! ¡qué experiencias sobre el grato y armonioso sonido de las castañuelas! ¡qué observaciones musicales sobre su mejor *tocabilidad, o tocación!*

Sois sin duda el primero que ha hallado las modernas castañuelas en la más remota antigüedad. El que por un arte maravilloso, poco conocido del común de los literatos, y harto usado de los más celebres eruditos, habéis ejecutado las mas graciosas metamorfosis; vuestros claros y perspicaces ojos han visto en todos los monumentos antiguos los crótalos castañuelas: los hallabais en donde los demás solo veían canastillos con frutas, sonajas o cascabeles; y es milagro que el caduceo de Mercurio no os haya parecido un pedazo de castañuela. Pero la mayor parte de los anticuarios me diréis han hecho semejantes o mayores transformaciones, y en eso no os negaré la razón.

Pero lo que os hace aun mayor honor, y os da una gloria exclusiva, sobre cuantos escritores os han precedido, es lo nuevo y original de vuestra invención. Un célebre Matemático, (d'Alembert) dice que no hay arte ninguno cuyo descubrimiento pertenezca propia y exclusivamente a una Nación o persona determinada, pues siendo sus primeros principios muy pequeños, escasos y oscuros, apenas merecen, el nombre de arte hasta que las experiencias y observaciones reunidas de varios individuos les perfeccionan y pulen.

Ademas no hay arte o máquina cuyo inventor se haya podido saber de cierto. Hanse fatigado por largo tiempo los eruditos en descubrir quien fue el inventor de la pólvora y de la imprenta. Varias Ciudades de Alemania han formado grandes alteraciones sobre cual tendría el honor de ser la patria del que descubrió el arte de matar con más facilidad y ligereza. Y para premio y consuelo de sus celosas y útiles tareas han sabido por último que estos dos descubrimientos eran muy antiguos en la China, de donde seguramente los tomarían los Europeos. ¿Se ha aclarado aun ciertamente si Colón fue el primero que descubrió la América? Algunos pretenden que debió las noticias de este Nuevo Mundo a un marinero. Por lo que hace al sistema de Galileo, muchos filósofos griegos habían conocido el movimiento de la tierra antes que él.

¿Qué autor podrá vanagloriarse de ser enteramente original? El Boyardo ha imitado al Pulci; el Ariosto al Boyardo. Los talentos más originales se copian unos a otros. Cervantes hace a su Don Quijote un loco desatinado que corre por todas partes deshaciendo agravios y enderezando tuertos; ¿y que es Rolando sino un loco? Será difícil decidir si las graciosas y satíricas pinturas de Cervantes han hecho mas ridícula la caballería andante que la fecunda imaginación del Ariosto. Garcilaso copio a Virgilio en

muchas partes; la Eneida de este no es más que una imitación de la Ulisea de Homero; ¿y este mismo Virgilio no tomó el asunto de sus Bucólicas de las de Theocrito? El Feyjoo en muchos de sus discursos, ¿me guardaré muy bien decir en todos, no tomo el asunto, y aun la materia, de otros Autores? Muchos Franceses no nos copian, y aun traducen sin decir nada, atribuyéndose ellos todo el mérito? Viene a suceder lo mismo con los libros que con el fuego; se toma prestado del vecino, se enciende en casa, se comunica a los demás; y así pertenece a todos.

Sólo vos, señor Florencio, podéis alabaros de haber inventado un arte hasta ahora no conocido, y compuesto una obra enteramente original. Si no fuera porque es considerado fastidiado de tantas alabanzas, y yo aun mas de escribirlas, os había de añadir una oración retórica, lo menos de cuatro pliegos, en donde emplease todos sus tropos y figuras, para haceros palpables las utilidades y beneficios que han de resultar, y aun ya van resultando, de vuestro original y nuevo arte castañuelero. Conténtome ahora con decir que si algunos han declamado contra la invención de la pólvora, mirándola como destructora y asoladora del genero humano, nadie, a no querer ser tenido por un *Caffre*, se atreverá a decir que vuestra invención sea dañosa y perjudicial, antes todos la aplaudirán como protectora y madre de la alegría y regocijo, que ha venido a desterrar enteramente nuestra seriedad y gravedad.

Viene bien ahora que os diga algo sobre mi obra: su estilo, orden y método os parecerá algún tanto particular, y a decir verdad, crotalógico. Quiero satisfaceros sobre este punto. Las modas y los gustos de los hombres varían continuamente; ningún siglo se parece al otro: vuestra obra puede ser un ejemplo de esta verdad: a pesar de la antigüedad que nadie niega ya a las castañuelas, un tratado de ellas no hubiera sido leído, entendido ni apreciado en el siglo en que los Caballeros, encerrados en un armario de acero, iban a *pasar luenga* parte de la noche bajo los balcones de su dama. Ha sido menester un siglo crotalógico para un tratado de castañuelas. Del mismo modo en el siglo XVI, toda obra para ser estimada debía estar escrita en buen castellano y tener el estilo propio de nuestra lengua: en el XVII, se mudo todo enteramente, y el Autor que no escribía una jerga endiablada, que ni era Castellano, ni Tudesco, y no usaba de un lenguaje enfático, hinchado y enredoso, ni era apreciado ni leído. Nueva variedad en el siglo XVIII. Las modas francesas, introducidas en los trajes, adornos y muebles, pasaron prontamente a los libros. La sencillez, la naturalidad, la majestad que brilla en las obras de nuestros buenos Autores, se miró como una cosa rústica y sin aliño. Las frases afectadas, los periodos cortados, la brillantez, la ligereza, la falsa hermosura, han llamado el gusto de los Lectores. Nuestra lengua ha llegado a ser un dialecto de la francesa. Esta revolución, tan grata a los petimetres, a los eruditos a la violeta, y tan odiosa a los verdaderos sabios, se debe a una caterva de ansiosos y avaros traductores, que sin conocer ninguna de las dos lenguas se han atrevido a manejarlas. Soy amigo de hacer justicia, y debo hacerla a estos señores. Si se ha olvidado la lengua que hablaban Cervantes y Fr. Luis de Granada, si a las mejores y más agradables voces de nuestro idioma se les ha substituido una multitud de extranjas, ridículas e impropias; si un petimetre puede hablar en un estrado un lenguaje afectado y verdaderamente afeminado, ellos son la causa.

¿Y quiere Vmd. que en este siglo tan ilustrado y brillante emprenda uno escribir en lenguaje puro y correcto, y con palabras propias, expuesto a no ser entendido ni

apreciado? Si hubiera nacido en el siglo XVI, escribiría en el estilo que entonces se apreciaba. En el XVIII, quiero afrancesar mi obra y dar gusto a mis lectores; y más que algunos espíritus tétricos me muerdan y critiquen, mas que me llamen *prevaricador de buen lenguaje y saco de desatinos*.

Aun quiero dar más mérito y realce a mi obrilla, y hacerla, si se puede, de gusto y de moda. El poner al frente de los capítulos una especie de sumario es una cosa muy pesada, ridícula, y sobre todo, antigua y rancia; es necesario variar, la novedad gusta; *per troppo variar natura e' bella*. Ya la mayor parte de los Franceses, que son los que dan la ley en punto a modas, sólo ponen un ligero epígrafe, que las más veces no tiene relación alguna con el capítulo; pero es gracioso y extraño: quiero ejecutarlo así, e introducir esta especie de moda literaria. Aunque mi libro no tuviera más mérito que este, bastaría solo para hacerle apreciable y darle estimación.

Pero yo, comencé por hacer una dedicatoria, y si dejo correr un poco la pluma hago con ella un voluminoso libro. Temería que mis lectores no la leyesen por larga, impertinente y pesada: mas no, estoy seguro de su bondad. Es de creer que los que han leído con gusto el prólogo de mi Mecenaz, que tiene exactamente las mismas llanas, las mismas líneas, y acaba, aunque no comienza, del mismo modo que mi dedicatoria, sin tener más substancia que ésta, no la recibirán con enfado. ¡Con qué frialdad he concluido!

CAPITULO I

Ruido de las castañuelas

Gozaba toda la literatura de una paz tranquila y envidiable. Las guerras literarias, tan ruidosas y funestas en otro tiempo, en este estaban enteramente apagadas.

La descarada sátira, la desapiadada crítica, la rabia, la maledicencia, y las demás armas con que los literatos suelen acometerse, herirse y destrozarse, estaban arrinconadas, y sin uso. Habianse pasado aquellos funestos siglos en que los Escolásticos, agitados de un furor insano, estremecían las Aulas con sus interminables disputas, alborotaban las Ciudades con sus escandalosos partidos, y juntos en tumultuosos pelotones derramaban arroyos de sangre, llevaban por todas partes el horror y la desolación, sólo por un *ergo*, *en Bárbara*, *a Baralipton*, *el ente de razón*, o *la materia prima*.

Los partidos que los discípulos de Esculapio solían formar en tiempo de algún descubrimiento o invento, las satíricas y oscuras producciones de su exaltada bilis servían sólo de materia a la risa y a la mofa.

Se iban olvidando las desvergüenzas, los dicterios y baldones con que Mañer y demás autorzuelos habían combatido, o por mejor decir, insultado al Autor del Teatro Crítico.

Las esquinas, entapizadas en otro tiempo con cartelones de todos tamaños, figuras y colores, se iban desahogando algún tanto: sólo se veía algún tratado de Medicina, una u otra Comedia estrafalaria, tal cual frío e insulso unipersonal¹, traducciones francesas, o reimpressiones de libros de nuestro siglo de oro.

Vendíanse algunos, no muchos ejemplares, y los demás iban a cargas a las tiendas para ser convertidos en cucuruchos de especias, o a las tahonas para servir de pábulo al fuego de sus hornos. Término fatal de todo inútil y ridículo libraco, y a veces de alguna buena obra, por desgracia poco conocida.

Estaban muy descontentos y de mal humor los Autores y Libreros. Se quejaban estos de su escasa venta, y lloraban la soledad y desamparo de sus tiendas: los Autores blasfemaban de la ignorancia y poco gusto del público, y murmuraban em alta voz de la falta de protección.

La Crotalogía vino a disipar esta especie de pereza literaria. La suerte de esta obra ha sido bien de la de las anteriores: su aceptación ha sido universal, yo no iba a parte alguna que no tropezase con ella; si salía a la calle, he aquí los carteles, que la anunciaban con la añagaza de *poder fácilmente, y sin necesidad de Maestro, acompañarse (con ellas) en todas las mudanzas*; si tomaba el Diario o la Gaceta, un artículo sobre ella; si entraba en la tienda de un Mercader, la hallaba sobre el mostrador; si en casa de una dama, en la más pulida mesa de su gabinete.

Uno me pedía muy gravemente mi voto, como si fuese alguno: se empeñaba otro en que era una sátira universal de todos los vicios; me leía por fuerza un buen pedazo, y fuese o no fuese satírico, él lo iba apropiando a aquel vicio que se le había puesto en la idea estaba allí criticado.

Cómo se burla de los Geómetras, y de esos Autorzuelos modernos, decía un rancio Escolástico, y sobre esto movía una interminable disputa. Los juicios de los hombres son enteramente opuestos: otro estaba firmemente persuadido a que la sátira era contra los antiguos: y muchas sencillas y bien intencionadas gentes la tomaban por apología del bolero; y a buena cuenta yo tenía que sufrir cada vez de estas una nueva lectura que apuraba más y más mi paciencia. Yo ya había leído esta obra una vez, la había analizado y procurado descubrir su intención y objeto; y me bastaba; ¿pero que sátira, aunque sea la del fino y delicado Cervantes, no fastidiará si se lee y relee continuamente, y si siempre se oye hablar de ella?

CAPITULO II

La Puerta del Sol y el Café

Mi cabeza estaba ya cansada de tanta furia crotalógica; fuime a la Puerta del Sol a desahogarla, y con intención firme de huir de todo aquello que oliese en lo más mínimo a literato; pero mi suerte era bien fatal. Mezcléme en una tertulia de gente alegre y nada instruida, y los hallé quejándose de la Crotalogía. Creíamos hallar, decían todos, reglas ciertas y verdaderas para tocar las castañuelas, como parecía anunciar el cartel; hemos gastado inútilmente nuestro dinero en comprar una multitud de corolarios, teoremas, y cosas que ni entendemos, ni juzgamos propias para el arte de tocar las castañuelas. Uno que denotaba no tener muchos cuartos juraba que cuando viese al Autor de la Crotalogía no le había de decir en tono de elogio: *Hay va el Maestro de tocar las castañuelas*, sino mofarse y reírse de él.

Escabullime como pude de entre estos insensatos; iba a huir hacia el Prado, y al entrar por la Carrera de San Jerónimo vi venir hacia mí más ligero que un rayo un Caballero que se decía mi protector, y a quien mis intereses me hacían mirar con el mayor respeto. Llamabase Don Pistófilo, hombre poderoso, extravagante y majadero: gustaba mucho de ser tenido por un sabio; protegía y estimaba al que se lo llamaba; no hacía caso del que le hablaba ingenuamente; acababa de hacer un viaje a Italia donde se había dejado el escaso juicio que tenía; bien es verdad que en cambio había adquirido un gran fondo de fatuidad y locura; era muy afectado y zalamero en su modo de hablar, de vestir y presentarse; su conversación insubstancial, y no muy graciosa; mezclaba en ella una multitud de cuentecillos, anécdotas y frases, propias sólo para agradar a los niños: sin embargo él ponía todo su mérito en estas pequeñeces, que llamaba las sales de la conversación: su espíritu estaba adornado de historia de las más célebres actrices de este país, y de una multitud de aventuras galantes: había adquirido toda su instrucción en las obras periódicas y en algunos librillos hechos por autores de tan poca cabeza como la suya: hablaba con el mayor gusto sobre todo género de placeres, y nombraba con entusiasmo los que se disfrutaban en Italia, no olvidándose de mezclar algunas bufonadas contra su patria.

Mi buen Don Pistófilo me saludó con un beso y un abrazo, y con una ligereza increíble dio conmigo en una tienda vecina, donde comenzó a hablarme sobre la Crotalogía.

¡Qué aplauso ha tenido la buena obrilla! aquí no están acostumbrados a estos papeles chistosos, allá en Italia cada semana sale un cientos. ¡Pero qué originales! ¡qué nuevos! ¡qué graciosos! hacen reír, divierten, entretienen, ocupan el tocador por un instante; pero son reemplazados por otros; y así se están sucediendo con continuo giro. El título de esta obra es chocante, algo bizarro; pero aseguro a que has hallado el estilo excesivamente grotesco, y muy a la antigua. Los Españoles, es menester confesarlo, son demasiado serios para la sátira; este género pide ligereza; los Franceses han sobresalido en él, son inimitables. Despreaux es soberbio, el Lutrin hace reír, y sus sátiras son cosa asombrosa; los Italianos han producido mucho bueno, ellos sobresalen en las artes de diversión y recreo; yo leo con complacencia el Dante. Es verdad que nosotros tenemos el Quijote, le hago justicia, es original, es gracioso, aquello que antes se llamaba buen lenguaje, y ya no se conoce; pero amigo, Cervantes no tiene espíritu: también es cierto que no se conocía en su tiempo; siglos góticos, juicio, y nada más.

No sé como no eche a rodar toda mi fortuna, llamando tonto, vanidoso y desvergonzado al desatinado Don Pistófilo; y haciéndole conocer cuan injustamente trataba a su patria, y la anteponía las Naciones extranjeras. Miré un poco a mi suerte, comparéla con la suya, y hube de tomar paciencia, último consuelo del que no tiene otro. ¡Oh cuántas veces un pobre, pero sabio y virtuoso ciudadano, tiene que sufrir y callar delante de un poderoso ignorante!

De la conversación sobre las castañuelas vino a parar el célebre viajero en hablar del lujo. Primero alabó el bolero, diciendo que tenía tanto mérito como el mejor baile, e hizo la enumeración de las mejores boleras de la Corte, me contó los caudales que tenía gastados en funciones de bailes, lo arruinada que estaba su casa, el tren tan brillante que gastaba; y de aquí sólo tuvo que dar un paso para alabar el lujo y echar el último sello a su locura.

Habíamos pasado en esto al Café, donde hallamos un tuerto endemoniado, hablador y disputador eterno, el cual con una voz ronca, gangosa, y cuasi ininteligible se quejaba amargamente de que el autor de la *Crotalogía* quisiese criticar el método analítico o geométrico. Encajónos sin resollar una sarta de desatinos; habló largamente de las ciencias demostrables; entretejió su historia; hizo la más desatinada crítica que en mi vida he oído de todos los buenos geómetras. Dijo que Euclides era obscuro y confuso; que el mérito de Newton era muy inferior a su aplauso: vino a parar en quejarse de la fortuna, a quien llamaba traidora, y llenaba de mil sucios y feos improperios: forjó en un instante la más horrorosa pintura de su desgracia, miseria y pobreza: tuvo la osadía de compararse a Homero, a Cervantes y Camoes, y para acabarlo de rematar añadió, alzando su cascarrona voz de rematar añadió, alzando su cascarrona voz, y dirigiendo la palabra a Don Pistófilo, ahora se verá quien es el *Filo-Matemático Cantimplora*; juro a brios que tengo de obscurecer al *Anglo* y al *Galo* con mi recóndita y selecta Geometría, que ya tengo puesta en limpio, y que he de publicar los dos tomos, donde descubro el movimiento perpetuo y la cuadratura del círculo, si vos, o insigne coluna de la literatura, cuya riqueza y munificencia es bien notoria, y cuya grandeza os rebosa por entre los ojales de la casaca, me sostenéis y apoyáis con mano liberal y franca.

No en mi vida loco más furioso, ni hablador tan atrevido. Estuve más de cuatro veces por sacudirle un buen part de cachetes, y bañar en sangre aquella infatigable boca; pero contúvome la presencia de Don Pistófilo.

Disgustáronle a este infinito los desatinos de *Cantimplora*, y desagradóle la adulación por primera vez; tan soez y baja era la del ridículo tuerto: dióle por respuesta dos o tres amargas bufonadas, que le llenaron de bochorno y confusión; y habiendo visto a un amiguito, nos dejó a los dos, y se fue a conversación con él. No me movió el corazón a quedarme a consolar a nuestro *Filo-Matemático*, que estaba ya bien marchito y mohíno, y cuya alegría y locuacidad se había repentinamente mudado en una tristeza y silencio profundo: dejéle envuelto en sus pensamientos, y me marché renegando de la caterva de pedantes que me había acometido en aquél día. Pero el pintar cual ellos habían llegado a trastornar mi cabeza, y cual era la rabia que yo les había ya concebido me parece cosa propia de otro capítulo, pues este se va haciendo demasiado largo.

CAPITULO III

Contra los pedantes

¿Por qué un libro sea bueno o malo, agrade o no agrade, mi miserable cabeza ha de sufrir una continua descarga de necedades? ¿Es preciso para su mayor o menor aplauso que me atolondren y confundan los zumbidos de tantos zánganos literarios, de tantos pedantes, de tantos eruditos a la violeta? ¿Han de ensayar en mi estos malditos la eficacia de sus discursos para causar convulsiones y muertes repentinas? Me agrada oír en cuatro palabras el voto de un sabio, si gasta ocho me desagrada; la pesadez es insufrible; ¡y cómo tolerar los reiterados asaltos de esta chusma, de ociosos y pesados charlatanes!

Huyamos de esta gente incansable, y fuerte en la disputa, de duros y robustos pulmones; sírvame de amparo y auxilio la casa de mi señora *Doña Melisendra*: jamás casta alguna de literatos pisó sus umbrales; no se conoce en ella ni al sabio modesto, ni al charlatán presumido; la entrada les está igualmente prohibida a los dos. Madama Melisendra no sabe leer, ni su familia tampoco; nunca oyó pronunciar el nombre de ciencias, ni se sabe qué son libros: un Mayordomo que deletrea y forma algunos gurrapatos es el séneca de la casa.

¡Dichosa y feliz habitación, decía yo subiendo la escalera, centro de la paz y el contento, morada dulce de la ociosidad y los placeres, nunca perturbados por algún Filósofo analizador! Aquí no se han conocido las crueles guerras literarias, ni en tus grandes salones resonaron *enguisa* de un trueno espantador los roncós gritos de eternos disputadores. ¡Dichosas losas, jamás pateadas por estas gentes bulliciosas, y felices mesas, nunca rotas ni abolladas por los fendientes puños de robustos y fornidos escolásticos!

Embebido en estas imaginaciones llegue sin sentir hasta la puerta del gabinete, ¿pero quién me diría que el que yo creía centro del sosiego lo era ya de la disputa? ¿qué dónde pensaba refugiarme de los literatos que me perseguían los había de hallar reunidos para acometerme con mas fuerza? Es el caso (según me refirió uno de la casa) que la sin par Melisendra había oído leer la *Crotología*, y como vio tantos preceptos, tantas reglas para tocar las castañuelas, infirió dos cosas; una, que el bolero y las castañuelas no debían ser cosa despreciable, pues merecían la atención de un sabio; y la otra, que las ciencias no eran como las había creído hasta entonces, adustas y serias, antes muy al contrario, risueñas y afables, pues recibían en su seno una arte tan vocinglera y divertida.

Desde entonces mudó enteramente de idea, y se llenó de la noble ambición de saber por principios científicos, no la Filosofía, la Física o las Matemáticas, sino la utilísima *ciencia de las castañuelas*. Dio comisión a su mayordomo (que si no era un gran literato, era a lo menos el más hábil de todos sus conocidos) para que buscase algunos sabios que la explicasen aquellos corolarios y problemas, y la enseñasen a tocar *debidamente las castañuelas*. Condujo éste a su presencia un primo suyo, que había sido tunante muchos años, y entonces pretendía por medio del Diario plaza de mayordomo, paje, ayo, secretario, lacayo, o lo que saliese, era un gran disputador y terrible sofista. Trajo también a un químico, que vivía en la guardilla de enfrente, y estaba medio loco, o loco del todo, por buscar la piedra filosofal; dos anticuarios, y un poeta, que trabajaba parar los ciegos, y enviaba algunas veces versos al Diario.

Por mi desgracia era aquel el día en que el buen Toribio, nombre del mayordomo, presentaba a su ama por primera vez la *flor y nata* de todos sus literatos conocidos.

Estaban ellos alegres sobre manera con el nuevo honor; y para hacer ostentación de su pedantesca ciencia hablaban sin tino, y disputaban sin miedo. Lleguéme con tiento a la puerta, apliqué el oído, y percibiendo la bulla y algazara que había allí dentro, me fui retirando paso entre paso.

Sea que la chusma de pedantes, decía yo, se ha unido contra mí, o que la casualidad así lo dispone, ello es que no voy a parte alguna que estos malvados no me acometan y cerquen,

que se apoderan de todo, que mi cabeza no está ya para más fiestas, y que sólo en la soledad de mi casa podré hallar asilo contra ellos.

Diciendo esto salgo más ligero que un águila de casa de la gran Melisendra, vuelvo la calle adelante, busco los callejones más solitarios para no tropezar con mis enemigos; llego a mi casa maldiciendo de Don Pistófilo, blasfemando del tunante, y renegando del Geómetra, doy orden de que no dejan entrar a nadie, y enciérrome en mi cuarto.

CAPITULO IV

El Licor

Nueva escena a los ojos de mis lectores, nuevos personajes, nuevas acciones, nuevas decoraciones; diferente país, diferentes objetos; no se habla ya de Melisendras, de pedantes y de eruditos superficiales: acabáronse los Pistófilos, los Geómetras y los Químicos. Mudóse todo; pero la Comedia siempre la misma, es decir, siempre el mismo objeto, el mismo asunto; satirizar, criticar el vicio, aplaudir, alabar la virtud.²

Apenas me hallé solo en mi cuarto, ya fuese sueño o ilusión de mi imaginación, que alguna de estas dos cosas sería, ello es que vi delante de mí una persona que me dijo: los viajes cultivan el entendimiento, y hacen al hombre prudente y sabio; pues que eres uno de aquellos que tienen por oficio saber lo que otros hicieron y pensaron, lo que pasó aquí y sucedió acullá, no ignorarás que los filósofos griegos viajaban al Egipto a consultar a los Magos, y aun se internaban en las Indias para aprender de los Bracmanes, y que los petimetres modernos, imitadores en esto, aunque no en otra cosa de los filósofos antiguos, corren la Europa en silla de posta para tener el gusto de oír cantar una aria al mejor capón de Italia, pasar un carnaval en Venecia, frecuentar los teatros de París, ver los jardines de Inglaterra, y saber al cierto cual es el mejor vino de la Europa, quien el mejor sastre, y cual la más hermosa bailarina.

Soy un Genio benéfico, me llamo Isman, y quiero hacerte viajar, no por ningún país de los conocidos, sino por uno del que jamás habrás oído hablar: quiero quitarte la memoria de las cosas pasadas, que de nada puede servirte en este viaje, y dejarte el entendimiento, que siempre te será útil. Isman me dio un frasquito con un sabroso licor; bebí de él, y olvidóseme todo; quedé sin ideas, ni nociones algunas. Emprendimos al instante nuestro viaje, cuya descripción voy a hacer a mis lectores.

Si se hallan en esta historia de mi viaje muchos nombres enteramente parecidos a los nuestros, no hay que criticarme por eso, un viajero cuenta lo que ha visto, y no inventa como un autor de novelas. Tampoco hay que extrañar que me admire de algunas cosas que siendo harto comunes entre nosotros, parece no deben causar admiración: habiendo perdido la memoria de lo pasado, pero conservado el entendimiento, no podría sucederme de otro modo.

CAPITULO V

Nuevas ideas

¡Cuán bella cosa es esto de perder uno la memoria de todo lo pasado! ¡Cuán libre y despejada se queda la cabeza! ¡Cuán tranquilo y sosegado el espíritu! si quiera por no tener uno presente tantas ideas como le molestan y ofuscan pudiera desear muchas veces beber este licor.

Creo seguramente, lectores míos, que sería útil a muchos de vosotros; también serviría de remedio para varias dolencias habituales, de las que no podrá curaros el médico mas hábil. ¡Qué específico tan bello para un loco proyectista, para un pretendiente despreciado, para un celoso y desesperado amante, para un deudor perseguido por sus acreedores, y para un escritor público.

En fin, perdida enteramente la memoria es cosa clara que ya no me acordaba de este mundo que habitamos, ni de ninguna de las cosas que hay en él. Para mí la Crotalogía, el bolero, y nuestros bailarines eran nombres tan nuevos como lo serían para *Micromegas*, habitante de la estrella *Siro*.

Isman me condujo a muchos países, me enseñó diversos pueblos y naciones, hízome observar sus usos y costumbres. No quiero dar ahora la relación de mis viajes.

Dejemos estos países, y hablemos sólo de Crotalópolis, nombre que según la interpretación de algunos etimologistas (hombres siempre útiles en cualquiera estado) significa país de gente alegre, regocijada, y de poco juicio. Hallamos enmedio de una campiña árida y desierta una populosa ciudad, entramos por una puerta de hermosa, arquitectura, pasamos por una ancha calle adornada de graciosos edificios, fuentes y jardines, y llegamos a una plaza llena de inmenso gentío.

La alegría y el júbilo parecía reinar en el corazón de todos: la dicha y el contento tenían allí su estable y permanente asiento. Todo era bailes, juegos y fiestas. Los placeres se sucedían unos a otros, y formaban una cadena encantadora. Ved aquí, dije yo, un pueblo verdaderamente feliz, en él fijaremos, creo yo, nuestro asiento. Habiendo perdido mi espíritu toda idea de lo pasado, no pueden ser más bellas las que nuevamente vienen a fijarse en él. Sonrióse Isman, y dejéme proseguir en mi conversación.

A poco rato los Crotálogos, atraídos de la novedad de nuestro traje, se llegaron a hablarnos; hiciéronnos mil preguntas inútiles, que nos molestaron algún tanto; pero en pago nos recibieron con grande hospitalidad entre teniéndonos con sus alegres bailes, sus músicas y festejos.

Isman observaba con la mayor circunspección; pero yo me abandonaba a los placeres: por desgracia yo los creía eternos en Crotalópolis, y eran bien pasajeros y momentáneos,

Después de haber pasado gran parte del día en banquetes y juegos, formóse un baile, al que asistió un gran número de gente. Formaba la orquesta un instrumento llamado *guitarra*: los bailarines llevaban colgados de los dedos unos pedazos de madera llamados *crótalos*, que formando un gran ruido servían para acompañarlos en el baile, que se llamaba *bolero*. Cuando los regocijados Crotalógicos estaban en lo mejor de su baile les acometió una multitud de gente de distinto traje, y formaron al instante una gran refriega:

los unos gritaban que los crótalos daban un sonido *dulce y armonioso*, y que antes morirían que confesar lo contrario; sostenían los otros con el mismo espíritu que el sonido de los crótalos era *bronce y desapacible*.

No me parecieron muy bien estas disputas, y comenzó a desagradarme Crotalópolis. Isman, que ya había estado en él otras veces, me lo pintaba de un modo que me lo hacía conocer mejor y amar menos.

CAPITULO VI

Antigua y nueva Crotalópolis

No hay duda que a primera vista Crotalópolis es un país agradable; pero no siempre la felicidad acompaña a las risas y a los placeres: los Crotálogos son alegres, sin por eso ser felices. Este pueblo estaba dividido en dos partidos: los antiguos habitantes, llamados *Semnopolítanos*, que significa gente seria y formal, componían el uno, y el otro los Crotapolítanos. Distinguianse estos dos partidos, no solo en sus genios, que como ya hemos visto eran enteramente opuestos, sino también en sus trajes, en sus usos y costumbres.

Los primeros eran sobrios, modestos y frugales: los segundos amaban el lujo, los placeres y las diversiones con el mayor exceso. Un Semnopolitano gustaba atesorar caudales para gastarlos en algún edificio que perpetuase su nombre. No tenían tal vanidad los Crotalógicos, disipaban sus caudales (y los de cien bobos) en diversiones pasajeras y superficiales, en modas, en equipajes, en banquetes y en vestidos. Pasaban aquellos su juventud en las Armadas o en los Estudios públicos; estos en cortejar, bailar y divertirse.

Aman, pues, los Crotálogos la novedad, varían continuamente de gustos, y de ideas; en nada son constantes, menos en no tener juicio. Apenas han adoptado una moda, cuando la dejan por otra, que pronto va a ser olvidada. No se creen hombres de mérito si no son pródigos y disipan caudales. Un Semnopolitano se alaba de ser económico, de seguir constantemente sus antiguos usos, de pensar con solidez, de amar sus deberes sociales, y cumplirlos exactamente. Un Crotalógico dice con una cierta satisfacción; estoy arruinado, he perdido tres mil doblas al juego, eso se usaba ayer, hoy ya es viejo, el año pasado pensaba de ese modo, pero el tiempo se ha mudado, y es fuerza que se muden mis pensamientos: se alaba de haberse separado de su esposa; tiene un cortejo, y va con descaro a su casa: si logra escandalizar con su conducta, ser tenido por un tronera, y perseguido por sus calaveradas, se cree un hombre de espíritu.

El traje sirve para distinguir estos dos bandos. El de los Semnopolítanos es incómodo, pero propio de gente de juicio; el de los Crotalógicos más cómodo, pero menos modesto: los primeros tienen unos grandes bigotes, que les hace aun más serios y graves: usan un vestido modesto, ajustado al cuerpo. Los segundos llevan por divisa un crótalo sobre su cabeza, y lo demás del vestido se diferencia muy poco del Semnopolitano, solo en el modo de llevarle.

CAPITULO VII

El Bolero

¿Pero cuál fue el origen de estos dos bandos? ¿cuál la causa de su división? esto es lo que voy a referir según me lo contó el benéfico Genio que me conducía. Crotalópolis se llamaba antes Semnópolis, habitaban en ella mucho tiempo había estos hombres serios y formales, que se llamaban Semnopolítanos, y dieron nombre al país, según algunos historiadores, o le tomaron de él, según otros, cuestión que tal vez interesará muchísimo a un Crotalógico, y a nosotros nos hace poco al caso.

Las costumbres de Semnópolis habían pasado de padres a hijos sin variación ninguna por una larga serie de años; pero nada hay constante. Mudaron su gusto la Naciones vecinas, y mudaronlos también los habitantes de esta de ser arrastrados por su ejemplo. Éste no pudo seducir a los ancianos, pero perturbó a los jóvenes, naturalmente amantes de la novedad. Desagradándoles los trajes antiguos, y tomaron otros: parecióles bien el lujo, dejaron la antigua sencillez y frugalidad, y dieron entrada a los placeres. Todo se muda, dijeron ellos, nada hay constante pues mudémonos también nosotros, y mudémonos en todo.

Los Semnopolítanos, que no podían mirar con indiferencia semejante trastorno, procuraron ponerle algún freno; pero en vano: sus consejos, sus fuertes declamaciones, sus sátiras, sus moralidades, fueron inútiles. El mal se aumenta cada día; crecía el número de estos amantes de la novedad, al mismo tiempo se disminuía el partido de los Semnopolítanos, y sólo permanecían en él algunos pocos, capaces por su firmeza de espíritu de resistir al ímpetu de la depravación pública. En fin, una pequeña chispa prendió el fuego de la discordia, que ya ardía interiormente en el corazón de todos; formaronse dos partidos, y combatieronse al descubierto. Pero lo más chistoso es el origen del nombre crotalógico. Una de las cosas que más disgustaba a los jóvenes era el baile antiguo, parecíales demasiado serio, grave, y sobre todo honesto, olvidaronle, y aprendieron uno nuevo llamado *bolero*. Este baile ya hemos dicho que se arreglaba al compás de un instrumento músico llamado *guitarra* o *vihuela*, y al son de unos círculos cóncavos de madera, llamados de tiempo inmemorial *castañuelas*. Un gran literato, que se hallaba desocupado, cosa que sucede comúnmente a los de aquel país, deseoso de darse a conocer, escribió un gran volumen muy erudito, que nadie entendía, y por lo mismo era alabado, y probó en él que las castañuelas eran muy antiguas, y que dos naciones sabias las habían conocido y usado en sus bailes bajo el nombre de *crótalos*.

Agradóles a los boleros la noble y antigua descendencia de sus castañuelas, y dieronlas desde entonces el nombre de *crótalos*; llamaronse ellos *Crotálogos*, y el pueblo *Crotalópolis*.

CAPITULO VIII

Descomunal combate

Los Crotálogos y Semnopolítanos se aborrecían en secreto, y se halagaban en público; todo el Pueblo se hubiera hecho Crotálogo del modo más quieto y pacífico, y los Semnopolítanos, aunque celosos defensores de las antiguas costumbres, no

se hubieran atrevido a sostener abiertamente su partido y perseguir al contrario; pero lo que no pudo hacer una causa tan grande lo produjo la más pequeña y ridícula.

Dividieronse los dos partidos, persiguiéndose enteramente, no ya por sostener las antiguas costumbres, sino por el sonido dulce u agrio de los Crótalos.

Isman, que había presenciado, aunque invisiblemente, el primer combate, que fue el principio de la pública desunión, me lo pintó en estos términos.

Había un baile público, al que concurrieron gran número de Semnopolitanos, Crotálogos y Literatos, gente demasiado abundante en Crotalópolis: los primeros guardaban una gran modestia y seriedad; los segundos parecían querer agotar la copa de los placeres; los terceros se entretenían en filosofar y disertar largamente en tanto que los demás bailaban.

Formaronse primero diferentes bailes al uso antiguo, pero los modernos quisieron lucir también en los suyos; al instante se oyó resonar por toda la sala el risueño nombre del bolero y los crótalos; comenzó la orquesta de las guitarras, entonaron los cantores con despiadadas y fuertes voces las seguidillas, siguió luego el *vocinglero* y atronador ruido de las castañuelas.

Salen los bailarines y bailarinas con sus lucientes y preciosas ropas, ciñense los crótalos, preparanse, se miran, y comienza el baile. Los del bando crotálogo alababan con entusiasmo la gracia, la ligereza y habilidad de los que bailaban; elogiaban las diferentes posturas y mudanzas, de las que cada una tenía su nombre propio en el idioma bolero, rico y abundante entre todos los idiomas.

Formabanse costosas apuestas de miles *doblas*, partidos y pandillas: los de un partido vituperaban al bailarín estimado del otro, y colmaban de elogios al suyo. La voz de *bien parado*, los vivas, las aclamaciones eran siempre el lisonjero y público premio de una seguidilla bien bailada, porque el pueblo crotalógico, que podía ser muy bien ignorante en las ciencias y cosas útiles, era muy hábil en punto a bolero. Tenía buen gusto en este baile, y hacia justicia al mérito. Los bailarines apuraban toda su habilidad, y aun tenían combates de emulación unos con otros.

Los nuevos que aun no tenían fama procuraban adquirirla, aventajándose a los antiguos, y estos mantener su crédito; en esta noche muchos *noveles* boleros lograron nombre, fama y fortuna, y algunos de los antiguos nuevos aplausos.

Al presentarse en la sala alguna de aquellas boleras cuyo mérito en el baile la había adquirido un nombre famoso, un poderoso partido y un rico cortejo, todos fijaban en ella sus miradas, y referían con entusiasmo sus hazañas y sus méritos boleros. Su vestido, regalo del señor *Gavilán*, ha costado tantos miles, bordólo en una noche el celebre *Chorlito*. Cuando bailó la primera vez logró por amante al señor *Pelicano*, el más rico y enamorado de los Crotalógicos; ¡qué regalos la hizo! ¡con qué trenes, con que lujo, con qué esplendor tan loco la ha sostenido! Consumió con ella sus innumerables riquezas; viose después reducido a la mayor pobreza, y ella tan ingrata como hermosa le despreció dejándole por el que ahora tiene. Esta otra es más hermosa y mejor bailarina que todas; pero desgraciada: nunca ha logrado un amante poderoso. Aquella es aun más célebre por su constancia que por su bailar, que no es obstante del mayor mérito, ama

tiernamente a su compañero en el baile; sus blancas manos le han bordado el vestido que lleva, y la cinta de sus Crótalos brilló mucho tiempo en el lazo de su pelo.

Mientras que los Crotálogos alababan a las más célebres boleras, y se entregaban a los placeres que se presentaban reunidos en aquel baile los Semnopolítanos miraban con ceño adusto a los bailarines, y se elevaban en amargas quejas contra una diversión tan poco modesta y decente a sus ojos: lo que era placer para los unos era dolor y pesar para los otros.

¿Y nuestros literatos qué hacían? renunciabanlo todo a sus ciencias, según su inviolable costumbre; aquí disertaban largamente sobre los bailes antiguos y modernos, y robaban sin miedo a los autores, que también se habían robado unos a otros: allí declamaban contra la desenvoltura, y explicaban el significado de esta palabra: otros sostenían que no había tal desenvoltura, y cual afirmaba que todo era ilusiones.

Una bailarina llamada la *Garza* sacó a los literatos de sus disputas, y a los Semnopolítanos de sus melancólicas reflexiones; tal era su primor en el baile que robaba las atenciones de todos y aun de muchos adustos Semnopolítanos. Sólo el señor *Avestruz* se mantenía inflexible, su negra melancolía y su colérico humor acabo de exaltarse con los nuevos elogios tributados a la *Garza*; no pudo sufrir el general entusiasmo, y levantándose furioso comenzó a dar desaforados gritos, diciendo que el son de los crótalos era áspero, bronco y desapacible; que los Crotalógicos eran unos hombres perjudiciales, y que era necesario destruirlos enteramente.

Acompañaba estas palabras con grandes *denuestos* y baldones, sus ojos parecían lanzar rayos de fuego, sucedíanse los colores en su cara tan rápidamente como las olas del tempestuoso mar. Sorprendió a todos este intempestivo suceso: pusieronse los Crotalógicos en estado de acometer, empuñando cada uno el arma que primero halló a mano. La *Garza*, creyéndose mal agraviada, se dejó ver al frente de la tumultuosa multitud, y sin guardar ninguna de aquellas ceremonias o *usanzas* que se requieren en toda bien formada guerra, antes dejándose llevar de su loca y ciega cólera, quitó a uno de los músicos una gruesa y pesada guitarra, que bien podía servir por un buen garrote, y arremetió furiosa y denodada al señor *Avestruz*.

No tuvo este tiempo de ponerse en defensa, ni menos tomar de la fuga; cayó sobre él su enemiga con la rapidez de un rayo que se desgaja de las nubes, descargóle un buen golpe, que le derribó en tierra, y siguió menudeando con la más implacable furia. Pusieronse al instante en estado de defensa todos los Semnopolítanos, apelaron a las mesas, sillas y taburetes que hallaron a mano, y desde entonces se comenzó una descomunal y horrible batalla entre los dos furiosos y denostados partidos.

No quiero molestar a mis lectores con la descripción de toda la refriega, me contentaré con hacer la pintura de algunos literatos, combatientes que aun enmedio de la pelea no olvidaban sus manías literarias. Enmedio de la sala se veía un montón de aquellos Crotalógicos, y Semnopolítanos furiosos, que habiendo caído unos sobre otros, no cesaban de golpearse mutuamente. Servía de cimiento al montón un poeta del partido de los Semnopolítanos, célebre no sé si tanto por el espíritu satírico y maldiciente con que insultaba a todo el mundo, como por su fea y ridícula figura. Acordóse en tan gran

conflicto de su padre Apolo y de sus hermanas las Musas, y de repente comenzó a entonar con gran seriedad y cachaza una especie de elegía, haciendo en ella enumeración de todos los golpes que había recibido, y finalizando por pedir al de los cabellos rubios que en atención a ser el mejor de los poetas (tal vez lo diría porque era el más roto) le pusiese sobre el montón para poder pagar con algunos cachetes y torniscones la nube de patadas que con tanta injusticia y sin razón tenía recibidas.

No se dio por entendido el hijo de Latona, hicieronse sordas las Musas, y dejaronle recibir los golpes, que venían a descargar sobre su disparatada cabeza. Persuadióse el buen rimador que el desprecio u olvido de Apolo nacería sin duda de algún descuidillo o *lapsus linguae*, como él decía, que habría tenido en su elegía o canción, volvióla a repasar atentamente, midió los pies, contó los versos, analizó las figuras, y halló que por su desgracia había mal medido algunos, y que algunas frases no eran muy honestas para los delicados oídos del Padre de los Médicos y de los Poetas. Preparabase para limarla y volverla al yunque, cuando vino sobre él un cachete despedido por uno de los músicos Crotalógicos, y cayéndole sobre la boca, le sepultó los dientes en el gznate, y se la bañó en sangre. Nueva exclamación a Apolo, nueva pintura de su amarga suerte; pero dejémosle disparatar, y hablemos de otros.

Uno de aquellos que tienen por oficio poner *lo negro sobre lo blanco*; es decir, un escritor público, clamaba a los de su partido que le libertasen de los que le golpeaban, pues de otro modo juzgaba no podría acabar la *Enciclopedia del bolero*, que ya tenía en buen estado. Otro literato se veía muy acosado de los que le perseguían, y creyó que haciéndoles presente la grande pérdida que iba a experimentar la literatura con su muerte, y una enumeración de sus sabias tareas y obras que tenía ya publicadas, o en el borrador, alcanzaría perdón; pero dio con gente zafia e ignorante, para quien nada suponía que las ciencias que las ciencias se perdiesen o no, que hubiese o faltase un sabio, no hicieron caso de su arenga, y le molieron bien las costillas.

No sucedió así con otro literato, que aunque no el más dotado en fuerzas morales, era el más fuerte en las físicas, las únicas que se necesitaban en aquella ocasión: este venció a muchos contrarios, y se hizo temer y respetar por su furia y denuedo.

Estaba retirado en un rincón de la sala un Geómetra que había sacado de la refriega dos o tres disformes chichones; vile estar por mas de media hora haciendo gestos, echando compases y líneas, y hablando entre sí de este modo: Según todos los ciertos indefectibles principios de física y las segurísimas demostraciones matemáticas es constante que si tiro este bronce antiguo que tengo a mi lado, siguiendo su línea de proyección irá a parar sobre la cabeza de aquel Semnopolitano que se menea y sacude con tanta ligereza: la fuerza de atracción por la cual los graves bajan a la tierra le hará caer perpendicularmente sobre su cabeza, pues tal es la ley de la gravitación; la velocidad de este cuerpo se aumentará en el descenso en razón de su mayor volumen, y tanto su dureza será mayor, tanto mayor sera el golpe que reciba. Tiróle según todos sus cálculos; pero a pesar de su certeza el bronce siguió muy diferente camino, y fue a romper la cabeza a dos de su partido.

Cuando la refriega estaba en su mayor fuerza presentóse en medio un famoso Retórico que había estado componiendo una arenga para apaciguar los ánimos y apagar el

alboroto. Comenzó a dar desaforados gritos, haciendo mil violentas exclamaciones, y empleando mal a propósito las flores y figuras de la elocuencia; pero cuando él creía que su discurso iba produciendo algún efecto, que ya tenía preparados los ánimos con el exordio, y se disponía a emplear la mayor fuerza, que consistía, según él, en lo que llamaba confirmación: su ridícula figura, sus horribles gestos y feas contorsiones, movieron la risa y la indignación de todos, y le hicieron retirar a palos. Iba diciendo por el camino a sus discípulos y amigos que él se tenía la culpa, que en semejantes ocasiones es menester invertir el orden y método oratorio, y poner las figuras más vehementes en el principio, para que así puedan detener cual un fuerte dique que el torrente de la furia popular, y que desde la primera palabra había de haber usado la *epiphonema*, la *expolición*, la *hipotiposis*, la *polysindeton* y el *poligtoton*, las que seguramente hubieran producido todo el efecto.

CAPITULO IX

Grandes efectos por pequeñas causas

Ved aquí todo un pueblo alborotado, y dividido en dos poderosos partidos, prontos a destruirse con la mayor rabia y furor; un trastorno, una mutación universal en las costumbres, en los trajes, en los gustos y en las ideas; ridiculizado todo lo antiguo, ensalzado todo lo moderno; nuevos gustos, nuevos usos, todo nuevo; ¿y por qué tan gran mutación? ¿qué causa produce unos tan grandes, tan particulares efectos? la más pequeña, la más mínima, la más despreciable, el sonido bronco o dulce de un ridículo crótalo.

¿Parecete que dos pedazos huecos de madera, tocándose mutuamente producen un sonido áspero y desapacible? pierdes tus mayores, tus más íntimos amigos, te adquieres un número considerable de enemigos, te haces el objeto del odio de un gran partido, y ya eres ridículo a los ojos de una juventud atolondrada y superficial. ¿Crees por el contrario que es dulce y armonioso el tal sonido, o agrádate a lo menos por una causa que no puedes comprender? Un buen número de aquellos que creen que hasta las más pequeñas y menos útiles verdades se han de sostener a toda fuerza, y cuyo terco tesón hace tan ridículas sus juiciosas ideas como la superficialidad de los otros, te acomete y persigue abiertamente.

Yo no podía menos de hacer mil profundas reflexiones, pero el Genio Isman, que conocía que todas ellas sólo servirían para afligirme, sin que fuesen útiles para mudar el genio y carácter de los habitantes de Crotalópolis, me sacó de ellas, y prosiguió su historia de los dos bandos. Después del tremendo día y de la batalla, pintada bien a la larga en el capítulo anterior, declararonse abiertamente los dos partidos, y tomaron medidas para destruirse mutuamente. Los Semnopolitanos, que aunque eran los menores en número no eran los menos furiosos y tercos, apenas escaparon de la refriega, cuando se juntaron y aunaron para la defensa. Algunos antiguos Abogados escribieron varios manifiestos donde con mucha extensión y grande aparato de erudición sostenían que el derecho estaba a su favor pues no solo defendían que la proposición era verdadera en todas sus partes, sino también por aquello de *vim vi repellere licet*, combatían justamente, pues era

cierto que el primer golpe lo había dado la *Garza*; es decir, el partido Crotalógico, sobre la cabeza del señor *Avestruz*, o lo que es lo mismo sobre los Semnopolitanos. Otros formaban disparatados planes de defensa, y varios locos forjaban extravagantes proyectos: algunos sostenían en disertaciones musicales que el sonido de los crótalos era bronco y desapacible.

Sin embargo este partido era bien débil; cada día desertaban infinitos, y se pasaban al contrario, y sólo quedaban las viejas y testarudas cabezas. Conocían estos Semnopolitanos muy bien que su partido se enflaquecía cada día notablemente, y que al fin vendría a quedar destruido. Estas gentes querían antes experimentar todo género de males y aumentar con su porfía las turbaciones que afligían su País que decir una cosa contraria a su opinión. Había entre ellos algunos que mirando las cosas con más serenidad querían ceder en una disputa tan funesta, y juzgaban que por evitar tantos daños sería mejor contentar a los Crotalógicos, concediendo que los crótalos daban un sonido suave y armonioso; pero por desgracia estos eran los menos, y nunca se les oía ni escuchaba. El bando Crotalógico estaba por el contrario muy poderoso. Contabanse en su número las personas más ricas y opulentas, y la mayor parte de la plebe.

CAPITULO X

Las locuras

Introdujeronme un día en una tertulia de literatos del partido Semnopolitano; cuando entramos estaban enredados en una terrible disputa, y no podía entenderse lo que decían, porque gritaban como unos locos, dando al mismo tiempo fuertes golpes y tremendas patadas: sosegaronse un poco, y pudimos entender que hablaban en estos términos. Si el sonido de los crótalos es verdaderamente bronco y desapacible, decían unos, debía afirmarse aunque se siguieran los mayores males. El sabio habla siempre la verdad, la defiende y sostiene, y el señor *Avestruz* es un sabio profundo, y en el lance de la *Garza* habló con la mayor sabiduría. Que los crótalos dan un sonido desapacible, dijo un viejuelo regordete, y no es instrumento musical, lo tengo ya demostrado evidentemente en una disertación que he leído a la Academia de los Cangrejos: allí lo pruebo con muchas demostraciones físicas y geométricas. Ahora en si un sabio debe decir las verdades cuando no vienen al caso, ni nadie se las pregunta, y las ha de sostener a costa de sus costillas, sufriendo en ellas una nube de palos, eso no toca a mi ciencia, que es la *Matemática pura*; pero aunque no entiendo la *Ethica*, sin embargo amo tanto mis huesos, y me incomodan de tal modo los palos, que en semejantes ocasiones guardó el más profundo silencio.

Todo hombre prudente debe hacer lo mismo, dijo otro; no es un sabio el que expone su vida en disputas del poco momento, es un loco, un entusiasta: la firmeza de corazón, la serenidad de espíritu conviene en los grandes y arduos sucesos. El sonido de los crótalos interesa bien poco, y la tranquilidad pública interesa infinito. Pero no hay nada que temer, dijo un andrajoso tuerto; ya he hecho yo un proyecto para destruir y aniquilar a todos los crotalógicos a una misma hora, y hoy tendré el honor de hacerlo público.

También he trabajado yo, dijo un corcobadillo, un plan político para unir los dos partidos; se decidirá que los crócalos son *bronqui-sonoros*; se establecerá que en toda función se baile alternativamente el bolero y el baile antiguo; guardarse el traje de los Semnopolítanos para los días de ceremonia, y usarse del Crotalógico comúnmente, y vedlo todo arreglado: este es el proyecto más fácil y pequeño de los que tengo hechos; hay uno para pacificar todas las Naciones entre sí, y otro para destruir la pobreza, y hacer que todos sean ricos y tengan una mesa abundante y opípara, sin necesitar para eso de hacer ningún oficio ni trabajo penoso ni mecánico.

Más valía, dijo uno de los que estaban conmigo, encerrar a estos delirantes que dejarlos hablar libremente tales desatinos. Por esa razón, dijo otro, sería necesario encerrar a cuasi todos los habitantes de este Pueblo, pues unos más, y otros menos, todos padecen esta dolencia. ¿Quién hay que no tenga su extravagante y ridícula manía? ¿quién que mientras se ríe de uno a quien juzga por un loco, no sea el mismo objeto de la risa de los demás?

CAPITULO XI

El Presumido y el Fastidioso

Hallamos una vez en la calle uno de aquellos que entre nosotros se llaman *presumidos pisaverdes*, y cuya afectación ridícula es aborrecida en todos los Países; vengo, nos dijo, de casa de *Aguilita*, acaba de comunicarme todos los proyectos que tiene formados para destruir a los Semnopolítanos; esta muchacha tiene cabeza, y gobierna tan bien como baila, porque, a propósito, es la mejor bolera, me parece que ya podemos bailar con libertad y tocar los crócalos sin exponernos a los insultos de estos rusticotes, montados a la antigua. ¡Pero qué gran baile hay esta noche en casa de la *señora Calandria*, y mañana la de la *señora Cotorra*; durará hasta las ocho de la mañana: yo soy el primero de los convidados, porque ya sabéis que la *Calandria* me ama locamente, y que soy el favorito de la *Cotorrilla* desde un día que bailamos juntos casa de la *Abubilla*. En tanto que hablaba de este modo su cabeza se volvía a un lado y otro como una devanadera: unas veces componía su peinado, otras miraba sus vestidos: de repente saca el reloj, eh, ya he faltado a la *Oropéndola*, que me aguardaba para ir a comprar un vestido crotalógico; pero es buena hora para ir casa del Maestro de baile, y diciendo partió más veloz que una saeta.

A poco se nos presenta un carácter enteramente opuesto; este caminaba grave y pausadamente, midiendo sus pasos, y echándolos a compás; se acercó a nosotros, sacó su caja, tomó un gran polvo, tiznóse con él todo el carrillo, y bañó su cara, tosió, se sonó, escupió, y comenzó una pesada y enfadosa, conversación: hízonos en un estilo hinchado y pedantesco una pintura de la inocencia que según él reinaba cuando era joven; en aquel tiempo todo era bueno, pero en este ya no había más que maldad y picardía, que cada día se iba más aumentando.

Detúvonos con esto por dos horas, y hubimos de dejarle, porque nunca acababa, pero él cogió a otro, apartólo a un lado, y empezó de nuevo su conversación.

CAPITULO XII

Don Grajo, o el Sabio universal

Sucedióme un día una aventura singular: fui a visitar a un célebre sabio, a quien todo Crotalópolis miraba como un oráculo; entré en una gran sala toda sembrada de libros y de manuscritos confusamente mezclados; en medio de ellos había una mesa, y a su lado *Don Grajo* (este era el nombre de nuestro sabio) con un gran gorro, y unos disformes anteojos.

Comienza a hablar, pero sin mirarme, ni dar a entender que me ha visto; su conversación era tan rápida y veloz, que apenas se le entendían las palabras: después de un largo diálogo, del que comprendí bien poco, veole enfurecerse de repente, sacúdeme dos o tres palmadas bien recias, coge un puñado de libros y tíralos al suelo; sin embargo por lo que después he podido inferir aun no me había visto: dandome palmadas creía darselas a sí propio. En fin ya que salió algún tanto de su enajenamiento comenzamos la conversación: él sólo la sostenía, yo tenía que guardar silencio, y una sola palabra que soltase le daba materia para hablar dos horas sin descansar; si le hablaba de leyes me hacía al instante un plan de legislación; si le trataba de teatros me enseñaba un legajo de comedias y de tragedias que había compuesto, y comenzaba a leerme las: una palabra de su comedia que trata de la historia le conduce a hablar de los mejores historiadores de su País, y me recita algunos pasajes. ¡Pero cuán sensible es que se hayan perdido los libros de tal autor, que extendían unas luces muy claras sobre los puntos que se disputan ahora! De allí pasa a quejarse de las pérdidas que la literatura había padecido en sus diferentes ramos; con este motivo se acuerda de dos o tres libros muy antiguos que acaban de encontrarse, y se llena de alegría. Pasea su imaginación sobre las Naciones sabias que habían existido anteriormente, y me las describe con tanta exactitud como si existiesen en aquel mismo instante; pasa de aquí a formar dos o tres proyectos para adelantar perfeccionar las ciencias. Habla de los teatros antiguos, y representa una escena entera de sus mejores comedias; trata de la música, y me canta con mucha serenidad un pedazo de su composición; acuérdase del baile, y salta en medio de sus libros para ejecutar cuatro o cinco cabriolas, que me hacen morir de risa; pero por desgracia tropieza entre los libros, y cae; advierte uno que hay entre abierto, ponese a leerlo tranquilamente, y no se acuerda ya que está caído; olvida la compañía, y pasa un gran rato en profundo silencio. Algunos otros sabios entran en el cuarto; el ruido que mueven le hace salir otra vez de su entusiasmo; viene a mí, y me habla como si acabase de e; entonces empieza a hacerme una multitud de preguntas sobre mi país; dice que a mi vuelta quiere acompañarme, afirma que los viajes instruyen muchísimo; me refiere cuantos ha hecho, y me lee la historia de uno que acaba de componer.

En tanto yo me estaba riendo, y él no lo advertía; me despido, me hace mil ofrecimientos, y los interrumpe fríamente por pasar a apuntar un pensamiento que le ocurre.

CAPITULO XIII

Medicina del espíritu

Si yo quisiera hablar largamente del estado de la medicina en Crotalópolis llenaría un volumen no menos extendido que las obras de Galeno, y aun más útil y gustoso: aquellas han sido causa de la despoblación de una buena parte del globo; este, presentando algunos provechosos desengaños, aumentaría por una consecuencia precisa la población; pero yo no pienso hacer tratados, me contento con referir de paso lo que he visto. Me se ofrecerán mil ocasiones en que sin ser molesto pueda instruir a mis lectores de cuanto deseen saber sobre esta materia. Hablemos ahora del asunto de este capítulo.

Un médico muy célebre llamado el Doctor *Abubilla*, había inventado una medicina del espíritu enteramente nueva y original. Las librerías y las bibliotecas eran sus boticas. A un hombre de gusto recetaba por vomitivo algún poema épico impertinente, forjado por algún desatinado versificador; curaba los dolores de los Filósofos con buenos libros antiguos; reanimaba los espíritus de los buenos poetas con unos libritos, donde recogía las poesías más raras y selectas, y los llamaba frasquitos de elixir, o espíritus de vida. Fortificaba el corazón desfallecido con excelentes tratados de moral y política. La invención más útil puede convertirse en la más dañosa. Un enemigo de los Semnopolítanos de malvada y pérfida intención, se servía del utilísimo descubrimiento del *Doctor Abubilla* para destruir a sus enemigos. Este asesino el más pérfido que puede imaginarse, sabía la complexión y el humor de cada sujeto, y en lugar de recetarle libros que le aprovechasen, le prescribía venenos que le mataban. Vi morir repentinamente a un Semnopolitano a quien para curar un ligero resfriado había ordenado el Doctor *Garduña* (nombre del Médico mal intencionado) un elogio de las castañuelas. ¡Fuerza eficaz del veneno! Apenas comenzaron a leer el título, cuando se estremeció todo, y exhaló su alma envuelta en un espantoso gesto.

Una Academia de adustos detractores del lujo fue víctima de este tan cruel desolador, leyóles una apología de él, y excitó y alteró de tal modo su sangre y humores, que todos murieron agitados de los dolores más violentos.

Muchos de mis lectores querrían que yo copiase aquí algunas recetas; pero a qué si no conocen ninguna de las drogas ni simples de Crotalópolis: sólo serviría de ganarme enemigos. Tal vez a algún Autor malicioso se le ocurriría la idea de que yo criticaba su obra, y sin mas ni mas me investiría furioso con alguna denodada sátira.

CAPITULO XIV

Raro modo de argüir

En todo el tiempo que duró la desunión entre los Crotalógicos y Semnopolítanos sucedieron diversas refriegas bien particulares, que quiero pasar en silencio, como también la mofa y el escarnio que hacía de los últimos la insolente y desenfrenada plebe, pero diré a lo menos de un gracioso combate de que yo mismo fui testigo.

Halláronse un día en la plaza pública un criado de un erudito Crotalógico, y un hombre particular del bando Semnopolitano. Disputaban sobre el grande asunto que entonces agitaba aquel pueblo, esto es, el sonido de los crótalos. Sostenía, el primero que no sólo era dulce y armonioso, sino también que el crótalo era un instrumento capaz de las

voces musicales, y que la ciencia que enseñaba a tocarle era *supermusical*, es decir, superior a la música. El contrario quería razones, y el criado no daba ninguna; comenzaba por afirmar que no entendía de música, y que sus oídos no eran capaces de la bellezas de este arte; pero la gran razón que me mueve a sostener esta proposición, dijo, es la autoridad de mi amo, hombre sabio a todas luces, escribe e imprime muchos libros, aunque no vende ninguno, porque el vulgo es ignorante, y sólo gusta de lo malo, y un escritor público que estudia noche y día no se engaña tan fácilmente.

Hacía poca fuerza al Semnopolitano la autoridad del erudito, a quien miraba como a un ignorante, y afirmaba que el sonido de los crótalos era desapacible, porque fastidiaba y molestaba, no a orejas tan duras como las del erudito y su criado, sino a oídos bien organizados. Quiso exponer varias razones, pero no fue oído. El Crotalógico dijo que su amo le había aconsejado que nunca se metiese en disputas de palabras, pues daría con sofistas que al instante le embrollarían, que disputase a puño cerrado argumento que no tenía fraude y del que sus fornidos nervios le sacarían vencedor, que él así lo había ejecutado en sus disputas literarias, saliendo triunfante de los hombres más hábiles de Crotalópolis. Entonces enseñando un robusto brazo, e hinchando los tirantes nervios, provoca a su contrario a su nuevo modo de argüir; era este prudente, y huía la contienda, pero encolerizado el bárbaro enemigo, dijo: *ahí va un silogismo en Bárbara* con su proposición mayor, menor y consecuencia, que lo son tres buenos cachetes que os descargo a puño cerrado, y sin intermisión alguna.

El Semnopolitano, aunque literato, no era cobarde, y tenía mucho de chistoso, huyó el cuerpo con ligereza al ver venir el golpe, y dijo en el mismo estilo, distingo la menor, y niego la consecuencia; pero respondeme a este otro en *Dari*, y sacudióle uno en la narices que se las deshizo todas. Duraron poco los silogismos, entraron al punto en materia (hablando en términos de escuela), es decir, que se aferraron uno contra otro, luchando como dos leones y pronunciando siempre que se sacudían algún término silogístico. Acudió prontamente mucha gente admirados de la novedad del argumento, y estuvieron presentes a la cuestión, que no duró mucho rato.

Por desgracia el que tenía menos razón concluyó y convenció al contrario, pues le hundió dos costillas, y le quebró una pierna, quedando decidido de este modo que el sonido de los crótalos era dulce y suave.

CAPITULO XV

Mi paseo

Los insultos de la plebe habían llegado a destruir enteramente los buenos Semnopolitanos; los pocos que quedaron tuvieron que desamparar el pueblo y huirse a un clima distante, donde aun no había llegado la furia crotalógica, y desde entonces todo el pueblo fue verdaderamente crotalógico, y tomó nueva forma, pues de serio y grave que era antes, se hizo enteramente alegre y regocijado; advertí mejor esta absoluta y completa mutación en un paseo que di por el pueblo algunos días después de la salida de los Semnopolitanos.

No iba por calle alguna que no viese los crótalos: después de los que adornaban las cabezas de todos los habitantes, y los que continuamente sonaban entre sus dedos, se advertían muchos pintados sobre los mismos edificios, y estaban llenas de ellos las tiendas de los mercaderes. En unas no se vendían más que crótalos de diferentes tamaños, hechuras y materias; en otras trajes y modas crotalógicas, que sólo eran las antiguas y arrinconadas, sobre las que sus astutos dueños habían hecho pintar algunos crótalos, y vendían como nuevas a un excesivo precio. En los portales y rincones de las calles había otros mercaderes que vendían para la plebe modas también crotalógicas, pero de menos valor.

Las fachadas de las casas estaban adornadas de diversos epígrafes crotalógicos; unos anunciaban almacenes de modas crotalógicas; otros personas que hacían de vestir al uso crotalógico, y en otras partes había Maestros para enseñar a bailar, cantar, tocar, toser, hablar y andar a lo crotalógico.

CAPITULO XVI

Estudios Crotalógicos

Imaginaránse mis lectores por el título que voy a tratar ahora largamente del estado de las ciencias en Crotalópolis, de su método de estudios, de sus libros, de sus maestros y discípulos. Aguardarán tal vez una multitud de reflexiones filosóficas; aquellos que en todo quieren hallar una analogía con las cosas de su país se dispondrán a averiguar de qué libro, de qué Universidad, o de qué sabio habló bajo tal nombre encubierto; pero se engañarán seguramente. Yo voy a decir de unos nuevos estudios para aprender la ciencia de los crótalos, y no ninguna de las otras. Si quisiera hablar de estas diría en pocas palabras que en algún tiempo florecieron en Crotalópolis, que después reinó el mal gusto, y ahora la superficialidad: pero hablemos de los estudios Crotalógicos. No quiero detenerme en hacer la pintura de los diversos literatos que pretendieron formar estos estudios: la sátira para que agrade ha de ser ligera, y aun las cosas más serias debían serlo también, según dice un Autor que no sé cómo se llama.

Pero no podré dejar de hablar del señor *Camello*, cuyo plan fue el más extravagante, y de consiguiente el único que se admitió. En cada parte hay su costumbre más o menos sabia. En Crotalópolis hay la de juzgar del talento de un hombre por su presencia. Un joven vivo y alegre que en la conversación se acomoda al modo de hablar común, y sin nombrar las ciencias ni tomar el tono magistral dice las cosas más grandes y filosóficas, es un ignorante. Por el contrario, un hombre que pasó ya de los cincuenta años, tiene un genio adusto y regañón, huye la sociedad y los placeres, es muy orgulloso y sobrado egoísta, habla en tono magistral y en estilo hinchado y retumbante, es un sabio.

El señor *Camello* tenía toda la fisonomía de tal, y era esta copiada del original: alto, y muy gordo, abultado de cara, y de carrillos elevados, tosco de facciones, cabeza calva, pelo crespo y ensortijado, frente ancha, poblado de cejas, ojos gordos y saltados, nariz ancha, boca grande, enormes orejas, color encendido tirando a morado oscuro, hombros

anchos, bastante cargado de espaldas, barriga redonda, parecida a un tonel, piernas gruesas, y pie largo.

Su entendimiento era tan macizo como su cuerpo, su memoria asombrosa, no le cansaba el estudio más pesado, y pasaba un día entero recostado gravemente en un gran sillón leyendo sin pestañear tomos de a folio, porque jamás había tomado en sus manos libros en cuarto ni en octavo. Parecía una biblioteca animada; sabía *ad pedem litterae* gran porción de libros. Citaba sin cesar, y repetía continuamente trozos de varios autores, cuya página, número y párrafo decía sin jamás equivocarse. Era admirado de toda Crotalópolis como un asombro de erudición y como el mayor sabio; tenía él a sí mismo en igual, o si cabe, mayor concepto; se miraba como superior a los sabios antiguos, pues a los modernos no los juzgaba dignos de entrar en comparación; se atribuía los retumbantes títulos *de sol de la literatura y de Maestro universal de todas las ciencias*, despreciaba a sus contemporáneos, y distinguía a sus discípulos con bajos y ridículos apodos.

El Señor *Camello*, cubierto ya de tantos laureles literarios, quiso adornar su calva y venerable frente con la corona Crotalógica, superior a todas las demás en aquella época; encerróse por algunos meses en su biblioteca, leyó todos los autores antiguos y modernos, buenos y malos, que han tratado de educación, consultó los que tenían relación con ellos; repasó las historias, y bien atestada su cabeza de doctrina y noticias, tomó la pluma y *calamo currente*, cual un escribiente que copia o un traductor que traslada por el vil interés, formó en poco tiempo el más desatinado y pedantesco plan de educación de cuantos se han escrito, y se han escrito bien malos; bien es verdad que él no había puesto nada de su propio talento, y que todo eran retazos mal cosidos de diferentes autores.

No se contentó *Camello* con formar este difuso y pesado plan; así como por una especie de ligero ensayo quiso dar algunas reglas y nociones elementales sobre el arte de tocar los crótalos. ¿Pero cómo este gran erudito, que jamás había podido discurrir por sí solo, cuyo romo entendimiento nunca había producido la más pequeña idea, y que no sabía más que desfigurar copiando las de los otros, se avendría en formar un arte enteramente nuevo? con gran facilidad: él no era hombre que se atolondraba o apresuraba por cosa alguna: Leyó un tratado de Geometría, y aunque el arte de tocar las castañuelas no se aprende por demostraciones, pues no es capaz de ninguna, viniera o no viniera al caso, fuese bueno o fuese malo, allá embocó una taravilla de teoremas y postulados, y llenóle de mil estampas y figuras. Acertó a hallar a mano un libro de historia, y trajola a rastra y a empellones, pues de otro modo no podía venir a su arte castañuelero.

Presentósele un tratado de física, embocólo también en su obra. Halló otro de antigüedades, discurso infinito sobre los antiguos crótalos. Vio también un libro silogístico, o que enseñaba a hacer argumentos y hallar la verdad por veinte o treinta enredosos caminos, también entró en danza. En fin, no hubo ciencia, tratado ni método que no apropiase ni acomodase a su obra, y dio a esta menestra literaria el título modesto de *elementos o primeras nociones de la Crotalogía*: ¿os figuraréis acaso por el título que los tales elementos eran algún libro poco voluminoso? sí, bueno era el señor *Camello* para escribir papelillos, cuando sólo por juguete que tomase la pluma ensuciaba resmas. Eran, pues, si no lo habéis por enojo cuatro desmesurados tomos de doble in folio, es decir, que eran dos veces más largos y gruesos que un libro en folio.

Armóse el gran Camello con su plan y elementos, marchó gravemente seguido de sus discípulos a presentarse a los literatos nombrados para juzgar las obras; *llegó, leyó y venció*: despreciaron estos las de los demás, que aunque ridículas, no lo eran tanto, y juzgaron excelentes las de Camello, porque eran las más pedantescas, confusas y oscuras.

El plan de este gran literato, desembarazado de sus impertinentes digresiones, se reducía a pocas líneas, creía, por haberlo leído en muchos libros, y no de los menos celebrados, que la juventud aborrece el estudio, y establecía por vasa de su plan el riguroso castigo. Pasaba a dividir la Ciencia de las castañuelas en teoría y práctica, como si hubiese más que ésta: la primera se había de estudiar en las Universidades y Colegios, de los que era forzoso desterrar los estudios antiguos, como inútiles, en un país crotalógico, donde para ser hombre de merito sólo era menester saber tocar las castañuelas y bailar el bolero; afirmaba que la ciencia de los crótalos, tomada en toda su extensión, era bastante para ocupar la vida del hombre por larga que fuese; quería que se animase a los literatos, para que trabajasen sobre esta ciencia y disputasen las intrincadas cuestiones que contiene. Los jóvenes habían de pasar muchos años estudiando sólo los elementos que había compuesto, donde, aunque brevemente, estaban tratadas todas las cuestiones con el mayor nervio; y luego que estuviesen bien hábiles podían pasar a la práctica, y ceñir sus sapientísimos y literatos dedos con los crótalos.

¿Qué sucedió con el método del señor *Camello*? lo que debía suceder indefectiblemente; los jóvenes aborrecieron el estudio, porque le veían inútil, pesado y majadero; los que tenían algún talento, apenas salían de las Universidades, cuando olvidaban todos aquellos libros ridículos, para estudiar otros de gusto, no sobre la Crotalogía, sino sobre materias útiles. Los que carecían de él, disputaban eternamente en las Aulas sobre una multitud de cuestiones fastidiosas y extravagantes, y se creían unos sabios al mismo tiempo que todo lo ignoraban, pero ni los unos ni los otros aprendieron a tocar jamás las castañuelas por el método del señor *Camello*.

Escribiéronse con el tiempo muchas obras, donde se trataba largamente del sonido de los crótalos, como se producía, y cual era la causa de que se formase aquel, y no otro: nacieron muchos partidos, formáronse grandes disputas, y extraviaronse en mil cuestiones inconexas. Hubo mucha vanidad, mucho orgullo, y poca ciencia: por último, se conoció lo inútil de este método, se satirizó, ridiculizó, y escribióse contra él: la mayor parte del pueblo lo miró como despreciable; pero sin embargo, subsistió largo tiempo.

CAPITULO XVII

El joven escritor

Publicaronse el plan elemental del señor *Camello*, tributaronsele todo género de elogios, se le premió y recompensó liberalmente. Alabaronle los papeles periódicos de Crotalópolis, porque ellos siempre alaban lo más malo; a los tontos, y estos formaban el mayor número, les parecía sublime porque no lo entendían y los sabios lo despreciaban, porque todo libro confuso e insubstancial es despreciable.

Murmuróse largamente contra él; publicaronse sátiras, formadas las más por sus envidiosos rivales, injuriaronle sin combatir su obra.

De todas las que se publicaron contra los disparates del señor *Camello* solo una estaba escrita con juicio e imparcialidad. Su autor era un joven cuya modestia le hacía pasar en Crotalópolis por un ignorante: su excelente obra no mudó en nada este concepto; leyeronla algunos, y gustó a pocos, porque en lugar de insolencias y dicterios tenía razones que convencían. Sin embargo, en Crotalópolis hay algunos sabios, aunque no muchos, estos conocieron todo su mérito, e hicieron de ella la estimación debida. Gustóme a mí también, y creo no desagradará este ligero análisis de ella.

Los más célebres boleros repiquetean con garbo las castañuelas, y bailan con primor sin saber leer: los discípulos de *Camello* disputarán eternamente sobre el sonido de los crótalos, y nunca sabrán tocarlos. Dice bien el señor *Camello*, que los jóvenes aborrecen el estudio, pero es cuando este no les guía bien al fin; el deseo de saber es natural, y las ciencias son amables cuando el camino que conduce a ellas es florido y va derecho al fin, son aborrecibles cuando el camino es áspero y torcido. Dejad a un joven que estudie aquello a que le llama su inclinación, presentarle buenos modelos, darle pocas reglas, no fatigarle, y será un sabio.

Así es que para formar buenos poetas no les haría yo estudiar una multitud de obras elementales ni cargaría su cabeza con reglas y preceptos teóricos, ni les metería en confusas cuestiones sobre la poesía: pondría en las manos los mejores poetas: si su imaginación tenía aquel fuego, aquel calor propio de esta ciencia, bien pronto ellos mismos harían piezas iguales o superiores a las que tenían delante, y distinguirían naturalmente los buenos pasajes de los malos, lo bello de lo feo y disforme, las gracias naturales de las fingidas o supuestas. ¿Pero, y si carecían de este fuego poético? Todas las reglas, todos los buenos modelos, el estudio más continuo, no les enseñaría a hacer un sólo buen verso.

En toda ciencia la práctica debe ser preferida a la teórica, ésta ha de caminar unida con aquella, y servirla a lo más de guía. La naturaleza forma los grandes hombres, y el arte los perfecciona; ¿pero qué es el arte? ¿lo serán acaso los elementos del célebre *Camello*, tantos métodos de estudios, que sólo sirven para confundir y ofuscar, tantas nociones, tantas ideas abstractas y metafísicas como se quieren establecer por basa de los conocimientos científicos que han trastornado tantas cabezas y ni aun han formado un sabio? No ciertamente, el arte es hijo de la misma naturaleza, es ella misma; la atenta y juiciosa observación, el análisis, la comparación, el raciocinio, este es el arte.

Pero cuando exclamo de este modo hablo en general de las ciencias y no de la de las castañuelas, pues sólo la loca manía de los Crotalógicos, y la tontería del señor *Camello* han podido hacer de la Crotalogía una ciencia, establecer para ella Estudios públicos y Universidades. Estas deben dedicarse para asuntos más serios e interesantes. Una sala de baile será la mejor escuela de Crotalogía.

Los-Estudios antiguos eran inútiles en la mayor parte, es bien hecho reformarlos, pero era preciso haberles substituido otros útiles; esto es lo que no se ha hecho. Quisiera yo que se hubiese desterrado el tal gusto de las Universidades y se hubiese establecido el bueno.

Quisiera también que los preceptos en las ciencias se redujesen a un número muy corto. Quisiera que se quemasen tantos libracos ridículos, y se dejasen los pocos que hay buenos. Quisiera que no hubiese tanta manía de saber, y sólo se procurase adquirir los conocimientos provechosos. Quisiera; ¿pero, qué no querría?

Miróse esta obra como superficial e insolente, escandalizó aquello de que la Crotalogía no era ciencia; el señor *Camello* la miró con desprecio, porque era un papelillo que no citaba, estaba escrito con claridad, y su autor era un joven. Sin embargo sus discípulos se creyeron obligados a defender el plan de su maestro. Hicieronlo asombrosamente, dijeron al joven escritor en varios papelillos que era un charlatán, un hombre sin principios, y sus ideas ridículas por ser nuevas, y no estar apoyadas en la autoridad de otro: aunaronse contra él y le persiguieron personalmente hasta destruirle; tal fue el fruto que este joven sacó de sus útiles verdades.

CAPITULO XVIII

El gran día de Crotalópolis

Triunfantes ya los Crotalógicos de sus tercios y serios enemigos, dueños enteramente de la antigua Semnópolis, asegurado, a su entender, su bando con los nuevos Estudios, restaba sólo celebrar con públicos regocijos tan prósperos sucesos. Tomaronse de antemano todas las disposiciones, encargóse a un discípulo de *Camello*, no menos pedante que su maestro, que dispusiese las fiestas y funciones públicas.

¿Pero querréis que yo haga una relación circunstanciada, exacta y menuda de todas las fiestas, que os diga lo que había en tal o cual calle, los versos buenos y malos, inscripciones y epígrafes que se veían en todo el pueblo, sin omitir ni un punto, ni una coma; luego tratar de las decoraciones de Arquitectura, Escultura y Pintura, con los emblemas y jeroglíficos, explicandolos con la mayor cachaza, y que por horas, minutos y segundos os cuente cuanto pasó? Nada de eso. Las fiestas están pintadas en cuatro palabras. Bailóse locamente por muchos días en las calles, plazas y casas, tocaronse desapiadadamente las guitarras y las castañuelas.

Un poeta publicó un desatinado poema en que pintaba la destrucción del bando Semnopolitano, y el triunfo del Crotalógico: otros varios formaron descripciones exactas e individuales de las fiestas las que copiaría aquí si solo pensara en abultar mi libro a costa de la paciencia de mis lectores; se publicaron muchos elogios, ya en verso, ya en prosa, pero todos malos, pesados y tontos. Sus miserables autores dieron mucho que reír con sus disparates, y lograron su intento, que seguramente no era el de adquirir una fama inmortal.

Los filósofos melancólicos declamaron sobre mil cosas, hicieron comparaciones de los antiguos tiempos con los nuevos, meditaron, reflexionaron y analizaron. ¿Pero a qué? Nadie los oyó, todos se hicieron sordos, y sus razones, buenas o malas, se las llevó el viento. Se disiparon también muchos caudales, empeñaronse muchas casas, aumentóse el lujo, y consumiósese mucho, ganó el comercio: ¿pero ganaron las costumbres? En eso no

me meto. Sólo os diré que un papelillo declamó fuertemente, pero no hay que hacer caso de declamaciones.

CAPITULO XIX

Retrato general

Crotalópolis, que me había agradado tanto al principio, me iba ya disgustando; habíanme parecido tan mal las cosas que había visto hasta entonces, que no quise permanecer más en este pueblo, y rogué a Isman dispusiese nuestra partida. Pero me hizo permanecer algo más, para que pudiese formar un retrato de él, el cual se contiene en estas observaciones sueltas.

Los Crotalógicos son inconstantes y superficiales, mudan continuamente de pensamientos, y no se fijan en ninguno. Aquel que tiene más defectos, es el que más levanta la voz contra los abusos; el más ignorante, y que no es capaz de formar una obra mediana, el que juzga en un tono decisivo de todas. La vanidad es una pasión que reina en todos los crotalógicos, y se advierte en todas las clases. El que tiene un empleo diferente de su vecino se cree con derecho de insultarle y despreciarle. Cada uno procura elevarse y hacerse respetar, aun de sus superiores. Hasta los más humildes menestrales tienen este defecto. El sastre, se hace peinar gravemente por el peluquero, y le recibe con una grande autoridad.

Una multitud de ceremonias de etiquetas y de ridículos cumplimientos hacen incómodo y fastidioso el trato de Crotalópolis. Estas vagatelas se miran como una cosa seria, y dos familias que no han pedido separarse por las causas mas grandes se enemistarán por la más ligera falta en este punto. Los Crotálogos parece ignoran aquella gran verdad de que en la sociedad la felicidad particular y general de los individuos están íntimamente unidas, y dependen una de otra; cada uno procura por sí, y le inquieta poco la suerte de los demás. Estas gentes tienen poco juicio y mucho espíritu; examinandolos de cerca se les halla mucha imaginación y poca lógica, hacen una pintura agradable, divierten con sus chistes, pero discurren y racionan mal, sin fundamento.

La mayor parte del pueblo carece de instrucción, sigue tercamente las preocupaciones más contrarias a su propio interés. Los hombres de una clase elevada o de grande riquezas se creen infalibles, afirman y jamás dudan. Las ciencias florecieron algún tiempo en Crotalópolis: ahora hay algunos sabios, pero son pocos; los conocimientos del común de las gentes son bien limitados: y jamás ha habido más charlatanería y superficialidad. Se creará que los sabios que se proponen enseñar al pueblo estarán más libres de defectos; pero regularmente tienen mil preocupaciones que los impiden conocer la misma verdad que creen demostrar a los demás. En Crotalópolis las apariencias toman de tal modo la máscara de la realidad, que se equivocan; vuestro mayor enemigo os hará mil protestas de amistad, el hombre más indiferente y que menos os estima os colmará de ofrecimientos.

Su modo de hablar es tan insubstancial y tan vacío de sentido como su cerebro. Hay pocas palabras que signifiquen algo; las demás se prodigan, pero no significan nada.

La sabiduría y la virtud son respetables, pero están ocultas, y en tanto el vicio reina. Los malvados no se atreven a insultar a los virtuosos cara a cara, pero los desprecian, los satirizan ocultamente.

Todo el estudio de un Crotálogo se reduce a agradar, y cree que este don puede reemplazar a los demás. No temen tener que avergonzarse, con tal que el espíritu sea ingenioso y los dichos graciosos. Bajo de una cierta máscara de civilidad se encuentran los mayores defectos, y bajo la apariencia de dulzura, la crueldad; la avaricia toma el nombre de economía, la prodigalidad de liberalidad, la bajeza de humildad, y la hipocresía de virtud.

Ciertas palabras de moda, algunos dichos poco comunes, algo de tarto, y sobre todo mucha libertad y resolución, pueden hacer pasar en Crotalópolis la plaza de sabio.

El arte de aparentar y de engañar ha llegado allí a una gran perfección, hay muy pocos que demuestren lo que son. El rico parece pobre, este pasa algunas veces por poderoso el malvado es tenido por hombre de bien, y el impolítico por atento.

Los Crotálogos son muy amigos de la novedad, la más ligera friolera llama su atención, y la fija por poco tiempo, la noticia más interesante, el suceso más particular no dura ocho días, y es reemplazado por otro; así se está en una continua mutación.

En Crotalópolis se trata mucho de educación, y generalmente hablando la que se da a los hijos no es muy buena. Se pone más cuidado en formar el exterior que el interior, el espíritu que el corazón. Se disimula a un joven algunos defectos con tal que sea agradable, este defecto no se disimula nunca. La educación del bello sexo está aun más abandonada: hay pocas mujeres que tengan el talento cultivado, y que sepan formar una conversación útil; en saliendo de sus modas, de su perritos y de sus amantes, enmudecen.

Cada clase de Ciudadanos tiene su modo particular de andar, y de presentarse, que forma lo que algunos llaman maneras: es fácil a poco que se haya estado en aquel pueblo distinguirlos por ellas. El médico está siempre observativo, el magistrado camina gravemente, el militar con arrogancia, el menestral con timidez, el comerciante nunca sosiega y está siempre inquieto, el petimetre parece risueño y afable, y el filósofo ocupado en meditaciones.

En Crotalópolis hay muchas gentes que no tienen más empleo ni riquezas que su industria, estos se mantienen de estafar al público, hoy comen aquí, mañana allí, piden prestado a éste, y roban al otro. A uno le engañan con la esperanza de un empleo, para el que prometen servir de empeño; llevan el humor a otro, y se fingen sus mayores amigos. Introducen a aquel en una casa que se la hacen creer por de distinción, y es un garito. Otros se hacen curanderos, y sólo sirven a empeorar las enfermedades.

Divertirse en Crotalópolis es una ocupación; el teatro, los paseos, los bailes, las visitas, las fiestas públicas, el juego, el amor, forman una cadena de placeres, ¿pero creeréis que los que los disfrutan son felices? al contrario, son los mas desgraciados.

Aunque en Crotalópolis se advierten estos defectos, muchos que quiero callar, y otros que no tuve lugar de observar, sin embargo no diré que las costumbres estén enteramente

corrompidas; se ven familias virtuosas que educan bien a sus hijos y viven con juicio, hombres honrados, sabios verdaderos, filósofos ilustrados, y señoritas que hablan de cosas más elevadas que sus peinados, y que conocen y cultivan las ciencias.

CAPITULO XX

Fin de mi viaje

Volvióme Isman a nuestro pequeño globo, y dióme un licor que restituyó la memoria que el otro me había quitado: entonces conocí que las costumbres de Crotalópolis eran bien semejantes a las nuestras, y que en muchas cosas solo nos diferenciamos de los Crotálogos en el nombre.

Publicar sus memorias es la primera cosa que hace un viajero, al instante que vuelve a su país: entróme a mi también la tentación harto común en estos tiempos de ser autor, y pensé seriamente en publicar mi viaje: yo no digo que estará al lado del de Enrique Wanton, ni menos del de Micrómeas: no soy ambicioso, me contento con que divierta y recree por algunos días, y con que los títulos de los capítulos agraden a las damas y a los petimetres.

No me lisonjeo como muchos de que mis sátiras y moralidades produzcan una feliz revolución en las costumbres, haciéndolas puras y sencillas: la deseo, pero no la aguardo. El mundo siempre ha sido el mismo ha sido el mismo, ha habido vicios, ha habido virtudes; se han alabado éstas, se ha declamado contra aquellos. Los Poetas han publicado siempre sátiras amargas; pero los Poetas que tanto agradan y divierten, que pintan tan bien, ¿han reformado el mundo, le han corregido, le han enmendado, han destruido el vicio? Quevedo ha satirizado quasi los mismos defectos que Juvenal, y el que escribe hoy en día no tiene otros que combatir.

¿Me lisonjearé yo de ser más feliz que ellos? El petimetre leerá mi obra, se reirá de sí mismo bajo diferente nombre, y no se enmendará. El pedante después de haber visto su retrato seguirá siendolo. El erudito a la violeta no cesará de adornarse con plumas ajenas, y de lucirlo en las conversaciones con frases prestadas. Nuestras tertulias serán tan poco substanciales, nuestro lenguaje tan afectado, nuestros ofrecimientos tan exteriores y aparentes, y nuestro carácter tan inconstante y mudable. Correremos como antes detrás de la novedad. Formaremos disputas y altercados funestos por las más ligeras vagatelas: las defenderemos y sostendremos con la mayor fuerza, y en tanto miraremos con indiferencia los asuntos más graves y que más nos interesan. Aplaudiremos al ignorante presumido, y despreciaremos al sabio modesto. Nuestros estudios serán tan llenos de defectos, nuestros conocimientos serán tan limitados, y nuestras luces tan escasas. Sucederánse los vicios, y se sucederán las sátiras.

Observaciones sobre la Crotalogía

El Autor de esta obra nos permitirá que hagamos algunas observaciones imparciales sobre ella y que digamos libremente nuestro sentir, sin faltar a las reglas de la urbanidad, y sin salir de los límites de la crítica. Se puede alabar sin ser un vil adulador, criticarla sin ser un satírico atrevido y maldiciente. Un Autor que ama la gloria, ¿y qué buen Autor no

la ama? en lugar de sentir las críticas fundadas y juiciosas, las recibe con tanto gusto cuanto le enfadan e irritan las insolentes y atrevidas sátiras.

En la Crotalogía se ridiculizan muchos defectos, unos con razón, y otros, a mi parecer, sin ella. Está muy bien satirizar los Prólogos impertinentes y pesados, la manía de citar a cada paso, la de usar en las ciencias de nombres griegos de difícil pronunciación, las confusas definiciones de muchos literatos, y sobre todo las infundadas y ridículas conjeturas de los anticuarios. Dese fuertemente contra el Diario por sus erratas, mal lenguaje y su poco gusto; combatase al Señor J. V. sobre si las mujeres deben o no estudiar las ciencias abstractas.

Pero es menester contenernos en ciertos límites, si queremos ser tenidos por hombres de gusto. Diríjase en hora buena el capítulo V y VI contra los anticuarios; ¿pero a qué escribir la Ciencia de las castañuelas bajo el mismo estilo y método que si fuesen unos elementos de Geometría? ¿A qué hacer una ridícula comparación del hombre nuevo de Buffon, y la estatua animada de Condillac (p. 65) con un arte de cocina? ¿A qué atreverse a satirizar a estos grandes hombres? ¿y a qué hablar contra las tres unidades? (pág. 75)

Me temo que algunos estén persuadidos a que esta obra es alguna Apología del mal gusto, y una sátira baja y común de los buenos Autores; no diré yo seguramente tanto: he formado mi juicio de ella, y no me desdigo; pero no la daré la razón en estos tres puntos. El método geométrico que satiriza en toda la Crotalogía es seguramente el único que puede demostrar, y hacer evidente las verdades más útiles y ocultas ed las ciencias naturales.

Cómo podrá el hombre asegurarse de la certeza de una cosa³. Como se le podrá hacer una demostración que convenza su entendimiento, si comenzando por las verdades, que él mismo conoce ya, no se le forma una especie de cadena de proposiciones, que unas se deducen de otras, y le conducen a otras más distantes, y menos conocidas. Los Matemáticos establecen por principio varias verdades, de las que el Autor llama de Perogrullo; éstas, dice, siguiendo la autoridad de Lock⁴, que no sirven para la consecución de una ciencia, pues sin embargo, sin ellas jamás ninguno me hará una demostración del problema menos intrincado. Si las verdades matemáticas son las únicas, fuera de las reveladas, y dentro de los límites de las ciencias naturales, que pueden llamarse tales, es sólo porque se demuestran según este orden.

En lugar de parecerme ridículo este método, paréceme (y creo que en esto los verdaderos sabios serán de mi opinión) que es muy útil, y el único que puede servir para el verdadero adelantamiento de las ciencias naturales. Es muy escaso el número de verdades que el hombre conoce por sí solo, o con el auxilio de la razón: deberíamos comenzar nuestros estudios por afirmarlas y establecerlas: deduciríamos luego las más inmediatas consecuencias, que servirían de base a otras mas remotas, y así iríamos formando una serie de conocimientos, todos evidentes, y todos demostrables. Nunca nos atreveríamos a dar un paso a ciegas: no estableceríamos por principio ninguna proposición que no estuviese bien demostrada, ni caminaríamos sino guiados por la experiencia: observaríamos, analizaríamos todas las cosas, y formaríamos diferentes clases de nuestros conocimientos, según su mayor o menor certeza. ¡Ojalá se hubiera caminado con igual tiento y precaución! No tendríamos tantos sistemas ridículos, e infundados, tantos libros

inútiles, tantos falsos axiomas; no nos hubiéramos atrevido a querer escudriñar los profundos arcanos de la naturaleza, ni la causa de las cosas; contentandonos con estudiar sus admirables efectos, la conoceríamos mejor, y sabríamos aprovecharnos de los bienes que encierra.

Al ver satirizado en el cap. I, lib. 2, al Genio inmortal, al incomparable Buffon, no puedo menos de preguntar al Autor de la Crotalogía si ha leído las bellas producciones de su pluma... ¡no habéis admirado, señor Florencio, con qué valentía pinta el inmenso cuadro de la naturaleza, como su vasto, su profundo talento la abraza toda, la analiza, la observa hasta en sus más pequeñas producciones! ¡Cual cría, cual eleva, cual ensalza el estudio de la historia natural, y le lleva a su mayor perfección! ¡Al leer sus obras no habéis admirado su genio criador y original, y la extensión de sus profundos conocimientos! ¡los resplandecientes rayos de sus bellas descripciones no os han deslumbrado, y la pluma no se os ha caído de las manos!... ¡Cómo habéis podido estampar tan ridículas ironías contra este Autor, e insultarle con tan bajas comparaciones! Pero Platón, Aristóteles, y cuatro mil Filósofos⁵, hasta Descartes, trataron de otro modo de las primeras ideas, o conocimientos humanos, ¿y por eso célebre Condillac, el Plinio moderno, que valen seguramente más que esa sarta de cuatro mil filósofos, y tanto como Platón y Aristóteles, no podrían inventar otro método? El asunto es saber quienes lo han hecho con más facilidad, si los antiguos, o los modernos; tal vez daría yo la preferencia a éstos, pese al autor de la Crotalogía.

¿Pero a qué criticar en todo el cap. 2 del lib. 2 las tres unidades con razón famosas; pretende este Autor arrojarlas de la Poesía dramática, que es donde principalmente se observan? ¿quisiera que siempre se representasen las desarregladas piezas de Calderón, Lope, Cañizares y otros; y que el teatro en lugar de ser una escuela de gusto lo fuese de desorden y confusión?

¿Que se pareciese a una linterna Mágica, donde tan pronto se viese una decoración que representase el Palacio del Emperador de la China, como la Cárcel de Londres, o el Castillo de Amberes: que los Actores estuviesen siempre de botas, prontos a marchar al primer silbido del tramoyista, y después de haber encajado una relación en el capitolio, en medio de un senado compuesto de venerables pelucas; fuese volando a mandar un ejército en Asia, para volver jadeando a tramar una conspiración en España, y destruir a Cartago? Que los actores fuesen manejados por el desatinado Poeta como unos maniqués, ser jóvenes a la primera jornada, porque yo lo mando, aunque hace solo una hora que se comenzó la comedia, yo he hecho ya que se pasea treinta años, forzoso es que os envejezcáis de repente, poner os unas barbas, andad corcovados y hablar gangoso, y crea buenamente el espectador que sois unos petates: creedlo vosotros también mal que os pese.

¡Qué, la unidad de acción es un disparate, una pobreza, una miseria! Cada comedia ha de ser un pedazo de historia, y si cabe toda la historia universal tanto mejor; allí si que hay multitud de sucesos, cuales tristes, cuales alegres: Ya se ve al Rey Nino que mata a su madre; a poco rato Carlos V da una batalla, y un minuto después sacan al cadalso a María Estuarda; y apenas se corre el telón, aun se está viendo el patíbulo, y hete aquí un campamento con sus vivanderas, y todo lo necesario, y Federico II, que da una batalla, y sin menearse del teatro gana la Silesia.

Con esta endiablada mezclanza si que se forman buenas y divertidas piezas, y no pasar dos horas con una acción tan sola, sin salir de un sitio, viendo, por ejemplo, la muerte de Semiramis, o el funesto efecto de los celos de Orosman.